

REFLEXIONES SOBRE COSMOPOLITISMO E HISPANISMO. A PROPÓSITO DE UN LIBRO CON 27 PERSPECTIVAS

George León Kabarity
(EE.UU.)

RESUMEN: *Relatos de cosmopolitismo en el pensamiento filosófico hispánico* (Madrid, ed. Dykinson SL, 2021) reúne cerca de una treintena de conferencias acerca de diversos temas que tocan muy de cerca aspectos relacionados con algo que podríamos llamar *lo hispano*. Qué caracteriza a eso hispano se puede ir sacando en claro al tiempo que uno se sumerge en la apasionante lectura del libro: desde la razón poética de Zambrano, pasando por la cuestión de la esclavitud en España, por la consolidada tradición de los médicos filósofos de la talla de Andrés Laguna, hasta la picaresca como género que mejor define a la literatura en español: un género que se centra en la figura del pícaro, un individuo desencantado con la realidad y que tiene que hacer uso del ingenio para sobrevivir en el mundo a veces tan cruel en que vivimos. Ese mismo ingenio nos llevará a poner sobre la mesa una propuesta genuinamente hispánica, que hace referencia a una categoría en la que cristaliza, se concreta y alcanza sus máximas potencialidades la hispanidad: el cosmopolitismo. Reflexionamos a propósito de algunas de estas contribuciones.

PALABRAS CLAVE: cosmopolitismo, hispanismo filosófico, ingenio, *pícaro*, médico, realidad.

ABSTRACT: *Relatos de cosmopolitismo en el pensamiento filosófico hispánico* (Madrid, ed. Dykinson SL, 2021) gathers nearly thirty lectures on diverse topics that closely concern certain features related to what we could call *lo hispano*. What best characterizes *lo hispano* can be made clear throughout the fascinating reading of the book: beginning with the poetical reason of María Zambrano, towards the question of slavery in Spain, the renowned tradition of doctor-philosophers such as Andrés Laguna, until the *picaresca* as the genre that best characterizes the literature in Spanish: a genre that articulates itself around the character of the *pícaro*, an individual disappointed with reality and who makes use of his wit (*ingenio*) in order to survive in such a cruel world as the one he lives in. This *ingenio* will allow us to put forth a genuinely Hispanic proposal, which refers to a notion in which the *Hispanidad* reaches its peak: cosmopolitism. We reflect on some of these important contributions.

KEY WORDS: cosmopolitism, philosophical Hispanism, wit, *pícaro*, doctor, reality.

Relatos de cosmopolitismo en el pensamiento filosófico hispánico, P. BADILLO O'FARRELL, CRISTINA HERMIDA DEL LLANO, MIGUEL A. PASTOR PÉREZ, JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS, JOSÉ M. SEVILLA FERNÁNDEZ (Eds.). Madrid, Ed. Dykinson, 2021. ISBN 978-84-1377-580-7. Págs, 371.

El texto ofrecido por el Autor para su publicación en la Revista ha pasado la revisión crítica por pares ciegos. En plataforma OJS: ingresado 19/12/2021 y aceptado 31/12/2021.

Relatos de cosmopolitismo en el pensamiento filosófico hispánico es un compendio de conferencias impartidas por profesores universitarios de todo el mundo con ocasión de las XIV Jornadas Internacionales de Hispanismo Filosófico organizadas en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla en el mes de abril de 2019 por la Asociación de Hispanismo Filosófico y la propia Facultad de Filosofía. Los editores del volumen, salido de las prensas de la Editorial Dykinson (Madrid, 2021), son Pablo Badillo O'Farrell, Cristina Hermida del Llano, Miguel Antonio Pastor Pérez, Juana Sánchez-Gey Venegas y José Manuel Sevilla Fernández.

Para ser conscientes de la envergadura del proyecto que se concreta en este succulento libro recién publicado y caracterizado por reunir cerca de treinta conferencias, conviene prestar atención a cómo en la misma contraportada —ese aditivo cuasi insípido para cualquier lector demasiado precipitado y dispuesto a tirarse al charco sin ni siquiera asegurarse de que ese charco no está compuesto de ácido corrosivo— el proyecto se define a sí mismo en su propósito: «En definitiva, el lector se encuentra ante una gran obra en la que los relatos de cosmopolitismo nos conducen a un lugar común, gracias a que los diferentes caminos escogidos se terminan felizmente encontrando en ese espacio vital del hispanismo filosófico en el que, junto al pensamiento reflexivo y la hermenéutica, se encuentra la indagación histórica». El hispanismo como encrucijada universal, de todos los propósitos que buscan, no ya en el espacio vital, de tan tristes connotaciones, sino en la razón vital, el punto de partida para hacer filosofía. En el texto citado hallamos algunas categorías que merecen una especial atención, en el sentido de un especial *cuidado*, como categorías puestas bajo nuestra custodia pero no como propiedad nuestra, sino como horizontes que surten unos efectos inacabables.

LA ENCRUCIJADA

La primera es la de *lugar común*, como espacio solo posible en la alteridad en que consiste nuestro arrojamiento en una circunstancia que hace de nosotros incluso a veces personajes de lo más cómicos. Como dijera el Ortega de las *Meditaciones del Quijote* (1914), «es un hecho que existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición, en una palabra, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. Estos hombres llamamos héroes».¹ Por eso, la comedia consiste precisamente en mostrarnos la dimensión material e incluso ridícula del héroe. La comedia nos enseña que hasta el más idealista tiene una parte animal que lo liga a condiciones sobre las que no tiene poder. La comedia ridiculiza los intentos del héroe de desligarse de su circunstancia para dar ser a lo que no puede ser de ninguna manera. En esta línea, Manuel Herranz Martín entiende precisamente, en su magnífica conferencia titulada «El cosmopolitismo de la picaresca»,

1. ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Cátedra, 2017, p. 226, 227.

que «la picaresca [como el género hispánico por antonomasia, cultivado hasta por la cumbre de la literatura española, Cervantes] es una crítica al idealismo; un mundo figurado, desligado de la realidad de la vida». Y de ahí el mencionado autor constata que de la picaresca no podía menos que surgir la novela (como «relato atento o sujeto a la vida») cómo género, del cual *Don Quijote de la Mancha* es el primer e inigualable exponente. La novela, como creación genuinamente hispánica, nos pone ante ese mencionado *lugar común* de la alteridad en que consisten las circunstancias.

Es cierto que la circunstancia es en cada caso mía y de nadie más, pero ese carácter se desmarca del solipsismo en que acaba cayendo precisamente el idealismo en que la circunstancia constituye una perspectiva, es decir, un lugar desde el que miramos una misma realidad que se revela como ajena, independiente de e incluso *inclemente* con respecto a los deseos subjetivos y las reglas lógicas; y es que la realidad como lugar común al que cada uno mira desde su lugar propio no se deja reducir o explicar mediante leyes racionales, precisamente porque la perspectiva es limitada; si no lo fuera, no sería perspectiva. Solo Dios carece de perspectiva, porque no está inserto en una línea o secuencia temporal, porque ve lo sucesivo como instantáneo, porque es El Único que puede ver la naranja —tomando prestada a Ortega la metáfora de la ya citada obra *Meditaciones del Quijote*—² entera (no solo la cáscara y desde una determinada parte, sino *toda ella*). Y el problema, lo que más radicalmente define la perspectiva del ser humano, es que no hay forma de verificar racionalmente que estemos viendo *la misma* naranja solo que desde perspectivas diferentes. Dicho de otra forma, no hay modo de verificar racionalmente la racionalidad de las explicaciones que sobre la realidad damos y compartimos.

Pero precisamente ese ‘lugar común’ que decimos no abordable mediante reglas racionales que garanticen la paz en que consiste el acuerdo, requiere por eso mismo y más que ninguna otra cosa algo que no es exactamente sinónimo de *razón*, a saber, la *inteligencia*, o dicho de forma más precisa, el *ingenio*. Dado que el lugar común en que consiste la alteridad por la cual miramos a lo mismo pero desde diferentes perspectivas irreductibles e inconmensurables (en un sentido similar al kuhniano) la una frente a la otra, dado que con respecto a qué sea ese lugar común no cabe ponerse de acuerdo racionalmente, ese lugar común se presenta entonces como un terreno hostil repleto de un sinfín de concepciones sobre lo que es en perpetua y mutua lucha incesante y que, por tanto, requiere de una habilidad especial para sobrevivir en él: la inteligencia. Podríamos decir que el carácter trágico de nuestra condición *circunstanciada* deriva precisamente en que esa circunstancia —la de cada una de nosotros— se vuelva hostil, brutal, indolente y ya no se ande con contemplaciones. Ese carácter único de la circunstancia, que hace que el alma bella se vuelva un corazón duro como la piedra, que hace, dicho en la jerga de la psicología de la personalidad, que adquiramos un *trastorno antisocial de la personalidad*,³ es lo que pretende recoger la picaresca de la que nace la novela moderna. Los cuentos

2. Cfr. *Ibid.*, pp. 105, 106, 115.

3. SOLER, J., PACUAL, J.C., *La personalidad. ¿Por qué soy así?*, Barcelona, Siglantana, 2018, p. 183 y ss.

de hadas con final feliz ya no cautivan al pícaro, que sabe que siendo bueno es más que probable que sucumba al mal perpetrado por otros. Dicho kantianamente, ha sido el pícaro, como creación genuinamente española, el que se ha percatado de que de la moralidad no se sigue necesariamente la felicidad. Ante ello, prefiere dejarse moldear por la realidad y volverse malo, lo que en estos términos significa volverse práctico, volverse ingenioso. El bueno sería, así, el no práctico, el que se resiste al carácter de lucha desencarnada de la realidad en la que cada uno intenta imponer su perspectiva como siendo la verdadera y completa y plena imagen de la realidad. El bueno sería el aparatoso, el que en pleno siglo XVII, «en estos tan calamitosos tiempos» se pone una pesada armadura medieval para surcar las tierras de la península en busca de aventuras en las que «desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas».⁴ El bueno sería, pues, el héroe, que, así, en sentido primigenio, pasa a ser una categoría moral. El héroe por antonomasia es el héroe moral, porque «voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra».⁵ Desprecia la hacienda, por lo que se embarca en aventuras que en ocasiones le cuesta el mismo apaleamiento. Quién sabe si la locura se plantea, en esta obra, como la resistencia a que la realidad haga a uno indolente y cínico para con el destino del prójimo que sufre.⁶

El pícaro se da cuenta de que los individuos responden ante las perspectivas que tienen de la realidad, por lo que no espera que los demás actúen como él espera que lo hagan. Por eso, tiene que recurrir al ingenio para sobrevivir, es decir, a la técnica. Pero precisamente, y justo por ello paradójicamente, el ingenio, como capacidad de saber a la perfección cómo debemos actuar en cada momento ante la realidad hostil para sacar provecho de ella, ayuda a superar el particularismo de las perspectivas, tal y como sucede, en el ejemplo por excelencia, en la guerra. Más allá de la famosa frase atribuida a Francisco I de Francia cuando se encontraba en guerra con Carlos I de España («Ambos estamos de acuerdo en una cosa: los dos queremos el Milanésado»), la guerra, como enfrentamiento universal con un otro que hará todo lo posible por aprovechar de forma óptima la realidad para brindarse la

4. *Don Quijote de la Mancha* I, cap. IX.

5. *Don Quijote de la Mancha* II, cap. XXXII.

6. Del prójimo que sufre sin importar su clase social ni su condición económica. *Don Quijote de la Mancha* es la primera obra literaria que da valor y dignidad al sufrimiento del pobre y del miserable. La tragedia clásica se fundamentaba en la dignidad de las desdichas de un individuo de estamento noble, pero la literatura clásica ridiculizaba el sufrimiento y las carestías del pobre. Por eso, la comedia hasta Cervantes se articulaba en torno a personajes de clase baja y sus desdichas. *Don Quijote de la Mancha* sería, más bien, una tragedia que reconoce que en el sufrimiento del humilde hay dignidad. Ya no es el héroe que persigue su desdicha cual maldición o castigo divino, sino aquel en cuyas venas no corre sangre noble quien sufre por causa ajena y además no cuenta ni con el beneplácito del mismo narrador. Numerosos son los pasajes de la novela cervantina en los que Sancho es apaleado por la causa de su amo, y el narrador, en un ejercicio de ingratitud, ni siquiera aprecia ese sufrimiento. Todos los insultos, las burlas y los desprecios se los lleva el escudero, incluso por parte de Alonso Quijano. Célebre es el pasaje, por ejemplo, en el que Sancho se niega a darse tres mil azotes para liberar a Dulcinea y recibe por ello los insultos de la ninfa (II, cap. XXXV).

victoria, es la situación que de forma más aplastante exige el apego a la realidad, a la realidad, por ejemplo, usando una cita de George Orwell en *Mil Novecientos Ochenta y Cuatro*, de que dos más dos es cuatro cuando se trata de diseñar una pistola o un avión que busque aniquilar al enemigo —por mucho que en los tiempos de paz, dados a la lujuria de la especulación, la filosofía, la religión, la ética y la política puedan discutir si dos más dos da de hecho cinco—. ⁷ Por eso, el mismo autor distópico británico concluye, de forma impactante, que «la guerra es la salvaguarda de la cordura». ⁸

Es decir, la situación que emana de una realidad en la que dos más dos no es siempre cinco dada la multiplicidad de perspectivas que están luchando entre sí, es decir, la guerra, es la que precisamente fuerza a las partes en contienda a aceptar sin tapujos que dos más dos es cuatro para poder sobrevivir en la guerra. La multiplicidad de perspectivas provoca una lucha que, como por arte de magia, parece provocar que las perspectivas dejen de serlo para convertirse en visiones íntegras de la realidad. En la guerra, la perspectiva reconoce su propia condición de mera, limitada y parcial perspectiva para dejar de querer imponerla a cualquier precio. Y, sin embargo, la guerra continúa.

O no. Este ingenio que nos apega a la realidad, que nos ayuda a lidiar con una circunstancia adversa precisamente porque en ella asistimos a la lucha por imponerse de las diferentes perspectivas que emanan de las diferentes circunstancias, ese ingenio que no ha podido surgir sino de una condición tremendamente difícil y cruel, ese ingenio que nos hace saber cómo debemos actuar ante la realidad para poder sobrevivir en ella, podría tomar el nombre de *sentido común*. Y no deja por ello de ser una suerte de racionalidad, de una racionalidad que ha brotado de una lucha caracterizada curiosamente por la imposibilidad de una racionalidad que permitiese conciliar las diferentes perspectivas, las cuales han terminado embarcándose en una contienda a muerte. Ese ingenio, que nos procura la supervivencia enseñándonos la dura realidad de las cosas, solo puede mostrarnos una cosa al final: que solo podemos sobrevivir en la paz. Por eso, Hobbes, que por Aurelio de Prada García es mencionado en oposición a Baltasar Gracián, en el artículo «El *Leviathan* y el *Héroe*: Hacia una modernidad glocal», dice que una *Ley de la Naturaleza* «es un precepto, o regla general, hallado por la Razón, por la cual un hombre no puede hacer aquello que es destructivo para su vida o desprenderse de aquello que le permite preservarla». ⁹ Y el mejor medio para procurar la preservación de la vida es, precisamente, la instauración de la paz y el fin de la guerra. El ingenioso sabe que la paz es la única forma de sobrevivir. Y el ingenio debe encontrar las recetas por las que se pueda, primero instaurar, y luego mantener esa paz. Con lo cual, aquí se nos cierra el círculo de la desfachatez y la sinvergonzonería del pícaro, que ahora

7. Cfr. ORWELL, G., *Nineteen Eighty Four*, UK, Penguin, 2000, p. 200.

8. *Ibidem* (traducción nuestra).

9. HOBBS, T., *Leviathan*, Harmondsworth UK, Penguin Classics, 2017, pp. 105, 106. Traducción nuestra.

se da cuenta, en una nueva vuelta de tuerca, de que la única forma de ser feliz es ser moral. Y, sin embargo, esta cláusula, que emana del sentido común, necesita, para entrar en vigor, que los demás con los que convivimos y con los que compartimos el espacio de alteridad también tengan sentido común. El sentido común es la herramienta que nos permite vivir en un lugar común. Sin ella, lo que surgen son degenerados —*idiotas*, en el sentido griego— que tratan de alejarse de lo común para, primero ellos instalarse, y luego a nosotros encerrarnos, en la *prisión perfecta de su fantasía*.¹⁰ El idealismo está servido de nuevo.

Es cuanto menos curiosa, en todo lo que nos atañe en lo que venimos desarrollando, la contraposición que de Prada establece entre el Leviatán hobbesiano y el héroe de Gracián. Todos tenemos en mente la portada de la obra magna del inglés y cómo esa inmensa bestia a la cual nada hay en la Tierra parecido se halla compuesta en una multitud de hombres que no se representan a sí mismos y que no se miran entre sí, sino que miran todos al gran Leviatán del que forman parte y de cuyas acciones ellos son los autores. El miembro de la Commonwealth de Hobbes no trata con sus semejantes ni con su entorno, sino que, en un mero y frío cálculo, cede a un soberano mediante un contrato la capacidad de hacer todo lo necesario para el mantenimiento de la paz. Aurelio de Prada contrapone a este cálculo racional el ingenio, lo cual choca con la premisa de la que partíamos antes, por la cual se establece casi una consustanciación entre el ingenio y la racionalidad. El ingenio sería, para este filósofo, lo propio del héroe «que tratando con los demás se hace hombre», el ingenio es lo propio de aquel que se representa a sí mismo y no delega sus responsabilidades en ningún otro que actúe bajo su autoridad, como si de un menor de edad con necesidad de un tutor se tratara. Quizás, a nosotros nos parecería más adecuada la consideración de que tanto en el caso del individuo hobbesiano que hace un pacto para instaurar la paz como en el del héroe de Gracián estamos ante el ingenio, porque en ambos casos hay que lidiar con un estado del conflicto. En el caso hobbesiano es obvio cómo. En el caso de filósofo español del siglo XVII, porque el héroe necesita solucionar problemas que surgen de la confluencia de intereses opuestos, por ejemplo, la cuestión medioambiental, que enfrenta a los que consideran que es una patochada pseudocientífica sin fundamento con los que son conscientes de que la Tierra necesita nuestro auxilio para no acabar destruida por la *hybris* de la producción irresponsable. En los dos casos, la búsqueda de la supervivencia tiene el papel central, y ambos requieren del ingenio. Respecto a la misma cuestión medioambiental —como con respecto a otros innumerables temas— a nivel internacional nos encontramos en un estado similar al hobbesiano estado de guerra de todos contra todos. Hay potencias que contaminan indiscriminadamente en contra del sentido común, que dice que, para nuestro propio mantenimiento como especie, es necesario reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.

10. Cfr. VOEGELIN, E., “Wisdom and the Magic of the Extreme”, de *The collected works of Eric Voegelin, Vol. 12: Published Essays 1966-1985*, Louisiana State University Press (USA), 1990, p. 315.

Otro tanto sucede con la cuestión de la reducción poblacional. Los problemas de escasez que van a surgir en un mundo que en unos años tendrá una población de diez mil millones de habitantes causarán el sufrimiento (ya lo causan) a millones de seres humanos condenados a una existencia en la más absoluta miseria.

En este sentido, diríamos que el ingenio no deja de ser racionalidad calculadora. La racionalidad desquiciada, que permite calcular cómo matar personas de la forma más eficiente posible no sería, por tanto, racionalidad, porque pierde de vista esa ley, tantas veces confirmada en los hechos del pasado, de que de la guerra nunca nace la paz. A lo sumo, de la guerra nace la paz de los cementerios. Todas las guerras han acabado devorando a sus padres. Lo que ha sucedido en Afganistán con respecto a las tropas norteamericanas podría ser una prueba de ello. Tanta sangre derramada, tantos fondos destinados a armamento, para que el país que pretendía instaurar una democracia acabase expulsado después de veinte años y además dejando un montón de armas devastadoras en manos de los talibanes.

Lo que ocurre es que de Prada —y en esto compartimos su visión— defien- de un modelo donde ese ingenio sea ejercido de forma más persistente en el tiempo. En el fondo subyace la concepción de que lo que se logró con la instauración del Leviatán no es paz auténtica. Y es cierto: el modelo estatal contemporáneo que es directamente deudor de la filosofía de Hobbes presenta en su seno una multitud de conflictos sin resolver, precisamente porque los que hemos salido aparentemente beneficiados con el pacto nos hemos desentendido. La *Ley de la Naturaleza*, así, no ha llegado a su cumplimiento pleno, dado que la paz no ha sido lograda. Pero esto no quiere decir que no pueda llegar a serlo en un futuro si respondemos a la llamada de la paz y usamos para conseguirla el ingenio. En ese momento, nos convertiríamos en el Héroe de Gracián, el que escucha a los necesitados, el que cuenta con los subalternos, el que es la voz de los que no tienen voz. Después de todo, si el ingenio del pícaro, que en un principio servía para la procuración únicamente de la propia subsistencia individual aun a costa de los demás, llega a su máxima potencialidad, entonces tendría como misión establecer la paz, dado que la paz sería la única tesitura donde se puede tener la seguridad de la subsistencia. Y, en ese caso, cuando el ingenio del pícaro se vuelve hacia la búsqueda de la paz, deja de ser el ingenio de un pícaro para convertirse en heroicidad.

RELATOS DE COSMOPOLITISMO

Como vemos, todas estas dinámicas no pueden menos que desembocar en la otra gran categoría de la contraportada, que aparece en realidad antes que *lugar común*: «relato de cosmopolitismo». No se puede obviar que este concepto tiene todavía más vigencia hoy que vivimos en la era de la globalización. Pero siempre tuvo recorrido en el pensamiento hispánico.

El capítulo de José Manuel Sevilla, titulado «El *tragicosmopolitismo* europeísta de Juan Luis Vives y Andrés Laguna», nos trata de situar en una época precisamente caracterizada por la guerra, en una época en la que Europa se está desangrando por motivos de religión. El proyecto imperial de Carlos I de España y V de

Alemania de una *Universitas Christiana* vuela por los aires por causa de la Reforma, por la que las doctrinas de Lutero son instrumentalizadas políticamente por los príncipes alemanes como herramienta para combatir ideológica y bélicamente las injerencias del Papado y las del Sacro Imperio Romano Germánico que encarnaba a aquel.¹¹ En este nuevo contexto, se rompe la Cristiandad como unidad teológico-política en que consistió todo el Medievo,¹² y Europa como unidad geográfica difusa queda desnuda y desamparada. ¿Qué es lo que define realmente a Europa? Tendríamos el concepto, pero, ¿en qué sentido la realidad realiza, en el sentido del *accomplish* anglosajón de origen latino (*complere*), el concepto? ¿Cómo la realidad responde al o está a la altura del concepto *Europa* proveyéndonos una representación adecuada? Parece difícil que esto suceda, porque Europa ya no es ninguna unidad, y está enfrentada. No parece un concepto unitario, sino el campo de batalla de un montón de conceptos enfrentados entre sí. Europa ha dejado de ser una perspectiva, y se ha vuelto el lugar donde esas perspectivas luchan a muerte por imponerse como únicas y verdaderas imágenes de la realidad. Esta lucha de perspectivas nos pone ante un fenómeno que puede ser visto en toda su plenitud y sin importar la perspectiva, siempre y cuando se tenga sentido común: Europa se está muriendo, desangrada por las luchas entre sus hijos. Y quien se está muriendo necesita un médico: Andrés Laguna. Aquí el médico representa, desde luego, el ingenio. Lo que dicta el ingenio en este caso es el que todo es tan tenso que, como decía Juan Luis Vives (citado por José M. Sevilla), «no podemos ni hablar ni callar sin riesgo», es encontrar aquello que une a todos los hijos que luchan en el seno de la Madre Europa. Podría decirse que eso no es más que mera retórica y que, en una época como aquella, el ingenio consiste en encontrar las armas más dañinas y las tácticas de guerra más avanzadas para ganar. Pero no, el ingenio del médico no es cualquier ingenio. El médico entra allí donde las estrategias militares han fracasado.

11. Hay que notar que lo que hicieron tanto Lutero como Calvino no fueron reformas, sino escisiones en toda regla. Es curioso que el nombre Contrarreforma, empleado a veces en los sentidos más despectivos, quedara para la posteridad para designar los mecanismos por los que la Iglesia Católica quiso reformarse, de hecho, en el Concilio de Trento (1545-1563). Con la Reforma, se destroza el hilo conductor que ha caracterizado al espíritu del Medievo: el intento de continuidad con el Imperio Romano. Desde que el Imperio de Occidente cae en 476, lo que hay después son intentos persistentes de reconstruirlo; el ejemplo más importante es el del Sacro Imperio Romano Germánico. Con la Reforma esas aspiraciones se caen definitivamente y Europa se escinde no solo en obediencia sino también en la fe, de tal modo que ya no puede hablarse de Cristiandad. Pues bien, este es el contexto, a grandes rasgos, donde vive y escribe Juan Luis Vives, así como Erasmo de Rotterdam, quien mantendrá durante largo tiempo una correspondencia muy afectuosa con un Lutero que lo admiraba, aunque finalmente acabaran ambos enfrentados entre sí.

12. Con sus altibajos, como la experiencia de Aviñón, en la que se llegó a perpetuar un cisma en toda regla y llegó un momento en el que hubo hasta tres pontífices. Sin embargo, como Javier Álvarez, doctor por la Universidad de Sevilla, parece señalar, en la crisis de Aviñón se dio una ruptura en la obediencia, pero no en la fe. En este sentido, no hubo papas heréticos. En la Reforma Protestante sí podemos hablar de un movimiento que se desvía de las líneas fundamentales de la doctrina católica y, en este sentido, sí son heréticas para la Iglesia Católica. Cfr. ÁLVAREZ, J., *La religión de la sociedad secular*, Sevilla, Thémata, 2017, p. 171 y ss.

do, donde el ingenio para destruir vidas nos acaba exigiendo el ingenio para salvarlas. Y el ingenio del médico, el de la paz, aplica un tratamiento. Ese tratamiento, para Laguna, sería destacar el hecho mismo de que, por encima de todas las perspectivas, todas las naciones europeas vienen de una única madre, que les ha transmitido a todas un mismo gen, una perspectiva compartida y trascendente: la de la civilización.

Ortega entendía que «la civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a *ultima ratio*»,¹³ a último recurso. Quizás esto lo suscribiría Andrés Laguna. Europa es sinónimo no ya de Cristiandad, sino de civilización. Europa se realiza en la medida en que en una serie de naciones se garantice la libertad religiosa y la tolerancia y la disidencia religiosa no sea motivo para desplegar la fuerza bruta contra el disidente. En el momento en que el ideal de humanidad y de *dignitas* es pisoteada en lo que geográficamente conocemos como Europa, Europa no será sino un concepto vacuo en sentido kantiano. La concordia será el ideal en el que habrá de fundarse el proyecto europeo, que emana de una misma tradición fundamentada sobre dos pilares: la cultura clásica pagana y la cultura cristiana. Por eso, se propone el médico reivindicar que todos los europeos lo son porque comparten un fondo común del que se pueden extraer los valores de la concordia, la paz y la tolerancia.

De aquí se sacan dos consecuencias. La primera es que, de este modo, Europa es vocación de cosmopolitismo, porque lo que significa se abre a la procuración de la concordia para todo el género humano que habita en todos los rincones del mundo. La segunda consecuencia es que, justo por eso, Europa se plantea como un proyecto o como un destino que debe ser puesto en marcha por los mismos europeos, pero con vocación universal. El plan universal de Carlos I, pensado para el mundo antes de la Reforma y fundamentado en la fe católica, ya no era posible. Pero, si de Cristiandad ya no se puede hablar tras la división doctrinal, ¿por qué no incluir a otras religiones diferentes del cristianismo como el Islam?

Esta reivindicación de lo común con vocación universal, en definitiva, esta perspectiva, genuinamente europea, que defiende la validez de todas las perspectivas, solo puede ser llevada a cabo por un cristiano transigente. Así, con *cristiano transigente* se vincula ahora la figura del ingenio, en tanto que el ingenioso es aquel que es maleable y transparente a las circunstancias que lo rodean.

COSMOPOLITISMO ES HISPANIDAD

El texto de Miguel A. Pastor, por ejemplo, trata de situarnos ante la problemática que acosa a todo aquel que intente estudiar la perspectiva unamuniana sobre la relación entre España y Europa. Una vez más hablando de perspectivas. ¿Hay una perspectiva europea? ¿Hay una perspectiva genuinamente española? Si la hay,

13. ORTEGA Y GASSET, J., *La rebelión de las masas*, Barcelona, Espasa-Calpe Austral, 2011, p. 129.

¿puede tener sentido el deseo de integrar a esta en aquella, como antaño tratamos con la perspectiva europea de Andrés Laguna englobar todas las perspectivas de la humanidad en el seno de la vocación universal del europeísmo?

Lo cierto es que Pastor señala que Unamuno experimenta una evolución crucial no exenta de ambigüedades. Perfecto vasco y al mismo tiempo (o más bien, justo por eso) perfecto español, Unamuno se dolía del destino decadente de la España de la derrota de 1898 que supuso el fin del Imperio que antaño había generado glorias inigualables. El ser mismo de España está en entredicho, el de una España que se desangró durante siglos defendiendo la fe católica y la prosperidad de sus territorios de ultramar a costa incluso del progreso de la propia metrópoli, y que ahora ve cómo parece estar un paso por detrás de lo que el núcleo de la conformación del espíritu europeo contemporáneo (definido sobre todo por la Ilustración) entendía por Europa. ¿Qué hacer ante esta tesitura de aparente atraso? Como señala Pastor, en un primer momento Unamuno defiende la necesidad de una llana *europización de España*, entendida como una apertura del país a las corrientes vigentes en el resto de Europa para que entren cual aire fresco. No obstante, más tarde, entiende que dicha europeización, a saber, la adquisición por parte de España de la perspectiva europea no se puede dar sin una previa *españolización de Europa*.

El filósofo vasco tiene claro que Europa es pluralidad, aunque con un fondo común. España, quizás, no solo es que tendría una condición similar, es que la *padece*ría. La padecería porque no ha sabido sustituir su antigua misión de universalidad que caracterizaba el Imperio por una misión que respondiera a lo más típicamente español. Hasta cierto punto, España se ha quedado sin el potencial para realizar la misión que ahora corresponde a Europa como equilibrio de pluralidades, como nación compuesta de naciones más pequeñas. No es que estemos cerca ni mucho menos de una Europa —parafraseando, una vez más, a Ortega y Gasset— que *no se encuentra segura de estar mandando en el mundo*.¹⁴ Más bien, que Europa ha adquirido la vocación de la universalidad en la pluralidad. Por eso, según Unamuno, si España va a ser como Europa, lo que tiene que hacer primariamente no es *europizarse*, sino precisamente *españolizar a Europa*, dicho en otras palabras, hacer lo típicamente europeo: la integración y asimilación del fondo común europeo según los estándares propios y genuinos de cada nación. Españolizar a Europa significa interpretar lo europeo a nuestra manera, hacerlo nuestro mediante su *quijotización*; en otras palabras, ver lo europeo desde las coordenadas de lo hispánico. Solo puede la perspectiva española integrarse en la perspectiva europea si vemos lo europeo desde nuestra propia perspectiva.

Y lo que caracteriza por excelencia a nuestra perspectiva es, para Unamuno, el *sentimiento trágico de la vida*, como lucha entre lo que las cosas son y cómo nos gustaría que fueran, entre una España con problemas profundos situada en el siglo

14. Cfr. *ibid.*, p. 177.

XVII y el mundo medieval de ensueño con el que el chiflado de Quijano fantasea. Solo haciendo española a Europa, España puede hacerse europea, pero justo porque puede hacerse universal. Y el proyecto de universalidad es, no lo olvidemos, algo que se encuentra presente en los orígenes mismos del Imperio español: en la ya mencionada *Universitas Christiana* de Carlos I. Recopilando, lo que en un principio era un proyecto hispánico de universalidad, ha dejado de ser hispánico porque España ha perdido los recursos para su implantación. Ahora la misión corresponde a Europa, pero ser europeos, del mismo modo que ser españoles, es tener vocación de universalidad.

CONCLUSIONES

En definitiva, pocas cosas hay más relevantes que reivindicar la grandeza y la fortaleza de valores que damos tan por hechos que ni siquiera se nos ocurre que, de un día para otro, desaparezcan de la faz de la Tierra ante los peligros acuciantes de los integrismos de cualquier signo político o religioso. El integrismo, una vez más, no reside en la radicalidad de los planteamientos o convicciones por los que una persona o grupo rige su vida, que resultan totalmente incompatibles con otras concepciones. Diríamos que ser firme en las propias convicciones es algo valioso y es lo que da viabilidad a un sistema democrático donde el debate y el pleito sean posibles. Si nadie está convencido de su postura, nada hay sobre lo que discutir, y la argumentación es imposible.

No hay posturas, a nuestro modo de ver, que por sí mismas de forma intrínseca sean antidemocráticas. Antidemocrático es solo el intento de imponer la propia perspectiva sobre la de los demás por medio de la fuerza. Ante las concepciones antagónicas no caben soluciones mágicas, no cabe siquiera el acuerdo casi nunca, y es evidente que convivir con personas que defienden unas posturas radicalmente diferentes a las nuestras no resulta confortante aunque a veces sea enriquecedor. Quizás por eso resulte más conveniente volver al sentido primigenio de la tolerancia tal y como nació a raíz de los tratados que pusieron fin a las guerras de religión en los siglos XVI y XVII. La tolerancia, más que un valor en sí mismo, sería un medio para la paz, brindado por el ingenio que entiende que para poder convivir en armonía necesitamos entender e incluso *soportar* que los demás tengan unas visiones contrarias a las nuestras. La tolerancia es algo que *conlleva* la vida pacífica en una sociedad donde hay una pluralidad incuestionable de ideas sobre lo que es una vida buena. *Conllevar* lo ponemos en cursivas para destacar el sentido primigenio de la palabra, que tiene la connotación del *aguantar*, del *sobrellevar* al diferente, teniendo en cuenta que todo el mundo es el diferente para el diferente. Sobrellevar al diferente no quiere decir que los europeos tengamos que aguantar a los inmigrantes o los que proceden de una cultura distinta como si fueran cargas. Eso sería eurocéntrico (siendo el eurocentrismo lo más contrario a Europa, por lo dicho hasta ahora), y supondría no entender que nosotros también somos *el diferente* para el otro y que el otro nos tiene que soportar.

Entendemos que esta postura que defendemos puede no resultar de lo más halagüeña, pero, dado el estado de las cosas y la fragilidad del ser humano, es la que más puede poner nuestros pies en la tierra. Cuando, al contrario, confiamos en la posibilidad de que mediante el diálogo lleguen posturas contrapuestas al acuerdo, si la realidad nos demuestra que ello es imposible, la consecuencia lógica es, simplemente, tachar al que piensa diferente de adoctrinado, de ideologizado, de fanático, de poseedor de una racionalidad defectuosa o, sencillamente, decir que el otro *no quiere dialogar*. Y entonces empezamos a patologizar al disidente, a internarlo en centros psiquiátricos y a condenarlo al ostracismo social.

Y es que, si lo pensamos bien, sosteniendo toda *civilización*, que se caracteriza por *reducir la fuerza bruta a última ratio*, subyace simple y llanamente la necesidad de aguantarnos los unos a los otros en nuestras manías y nuestros defectos, conscientes de que la vida en sociedad es más bella y rica que cualquier estado de guerra en el que la justicia sea lo que yo digo que es justo.

